

LA PEQUEÑA MAREJADA

A HORA que termina el curso en la Escuela Oficial de Cinematografía, es bueno interrogarse sobre el porvenir de algunos de los diplomados en años anteriores y de los que este año reciban su título en el solemne acto del Palacio de la Música.

Como es sabido, durante un cierto tiempo —demasiado tiempo— la industria cinematográfica española no incluía dentro de sus cuadros a los titulados de la E. O. C. —entonces I. I. E. C.— Correspondientemente, los profesionales de esa industria sentían una especie de desdén no disimulado hacia esos muchachitos que iban a una escuela a «aprender cine». Según ellos —los profesionales, los veteranos—, el cine sólo se podía «aprender» haciéndolo desde abajo, probando los más diversos oficios. En definitiva, este tópico, mantenido todavía por algunos, era una sutil coartada para sublimar deficiencias de orden cultural o universitario. Pero no seamos injustos. Ante la actitud desdeñosa o indiferente de esos practicones devotos estaba la postura falsamente mesiánica de algunos —muchos— alumnos o diplomados de la Escuela que creían que ellos iban a redimir al cine español de sus males. Durante años, repito, se ha mantenido esta lucha sorda y estéril entre lo nuevo y lo viejo. Estéril porque los veteranos han seguido haciendo lo que han querido sin sufrir la más mínima evolución, y los jóvenes, no sólo no han redimido nada, sino que ni siquiera han llegado a hacer cine...

Y un buen día, al amparo de una circunstancia política —al frente de la Dirección General de Cine se designa a García Escudero: crítico e historiador del cine español, ha defendido siempre una renovación de los cuadros—, se produce la eclosión de una pequeña marejada: casi todos los diplomados en los dos últimos cursos antes de la llegada a la Dirección General de García Escudero dirigen su primer film. Se inicia una política cinematográfica de protección al cine joven. Los productores ven en este asunto un buen filón: films de bajo presupuesto y protección estatal, más que protección paternalista hacia estos «chicos de la Escuela». Esa actitud paternalista se refleja en el envío de films españoles a Festivales: a Cannes va la película de un diplomado de la E. O. C.; a San Sebastián se envía otra «opera prima». Pero, inmediatamente, se produce un retroceso, quizá una cierta desconfianza, porque al siguiente festival internacional, Berlín, se manda un valor seguro —Bardem—, y en Venecia se confirman las sospechas: nada de jóvenes; España estará representada por dos nombres cotizados y respetables: Bardem y Berlanga...

¿Qué ha pasado con la veintena de films nuevos que se han producido en estos dos últimos años? En primer lugar, la mayor parte de esos films ni se han estrenado. Los que han alcanzado la comunicación con el público —único y definitivo destinatario de un film— han arrastrado una existencia lánguida, a excepción de un éxito considerable —«Del rosa... al amarillo»— y de un discreto suceso —«Noche de verano»—. Faltan, como digo, una serie de títulos por estrenar; hasta entonces no se puede aventurar un comentario preciso. Un film cierra su ciclo cuando se enfrenta a un público, cuando el autor se comunica con el espectador; mientras tanto es una incógnita. Y hasta que esos films no lleguen al público no se puede estimar en qué medida la aportación de los nuevos realizadores es valiosa. Esperemos, pues.

De todas formas, es evidente que el cine español necesita una renovación. Y no se entienda renovación como sustitución. Piénsese en el caso del cine italiano: cuando surgió la estupenda floración de cineastas jóvenes, toda la industria italiana se revitalizó, hasta el extremo que realizadores considerados habitualmente como mediocres artesanos produjeron obras de cierta sensibilidad. Cuando decimos que el cine español necesita una renovación pensamos precisamente en la posibilidad de que viejos y caducos criterios se modifiquen. Y es evidente que son los jóvenes los que han de marcar los caminos de esta evolución, ya que los veteranos no han sabido hacerlo. Esta actitud sería muy distinta de la mesiánica y redentora a que me refería antes: no se trata de salvar nada. Lo que hay que hacer es inyectar vitalidad a una industria desfalleciente, suministrar material temático mínimamente digno, conseguir que el cine nacional sea, de una vez para siempre, un instrumento de cultura en favor del pueblo y no un arma de embrutecimiento y alienación.

Todavía hoy, a pesar de haber sido pronunciadas en 1955, son absolutamente válidas las palabras de Juan Antonio Bardem en las memorables Conversaciones de Salamanca: «Después de sesenta años de cine, el cine español es políticamente ineficaz, socialmente falso, intelectualmente infimo, estéticamente nulo, industrialmente raquítico...»

JESUS GARCIA DE DUEÑAS

mi
pantalón
de
verano



PANTALON

Petronio

un pantalón de artesanía

con la garantía de

MANUFACTURAS PETRONIUS, S. L.

Barcelona